

Todo lo sólido que se desvanece

Fernando Solana Olivares

“ASÍ HOLGABAN LOS HOMBRES en el chiquero de Circe”. Lo piensa Balmori mientras va sirviendo de mesa en mesa a la oscura selva de esa noche. La bacanal se derrite sobre las parejas lúbricas, los meseros abusivos, las bailarinas voraces, los músicos exhaustos. A lo lejos ve acercarse a Momo, el patrón, y se aparta para no cruzarse con él en su camino. Los reflejos de las fauces plásticas del licántropo monumental que cuelga en la alta pared del antro ciegan su mirada cuando va hacia la barra y recibe bebidas. Momo golpea a un mesero en el rincón del salón ebullente, rodeado por dos hombres que lo protegen, lo ocultan. Balmori lo observa. Lo hace cada vez que el otro no lo ve a él. El cantinero mezcla un narcótico en un par de tragos. Balmori asiente en silencio. Sabe para qué mesa son. Se encuentra con el hombre golpeado por Momo. Los dos bajan la mirada.

Balmori coloca los vasos sobre la mesita. Una mujer semidesnuda baila delante de una pareja de hombres trajeados que beben ávidamente. Son presa de varios: de él, de la mujer, del cantinero y de Momo. Todas las presas son suyas. Se mueve por el salón recaudando dinero. Menciona la cifra y un plazo de minutos para tenerla o la cobra en el momento. Balmori vigila el desplome de los hombres babeantes, la bailarina y el cantinero también. Ella interviene antes que nadie, birla las carteras, las joyas más ostentosas y se marcha moviendo las caderas.

Momo la intercepta al final del pasillo y arrebató el botín. Sólo le deja un reloj. Amenaza a Balmori y al cantinero desde lejos. La mujer sigue caminando. Ninguna estafa escapa a sus ojos, las reclama antes de que ocurran. Junta a un grupo de meseros y bailarinas y ordena:

—Necesito dinero.

Todos pagan. Uno de ellos titubea y Momo le da un porrazo en la cabeza. Cuando hay trabajo pagan, cuando no igual. Balmori debe pasar a su lado. El patrón no le habla, sólo lo sigue con la vista y chasquea los dedos. Los vasos que lleva en la charola se bambolean a punto de caer. Escucha a sus espaldas un insulto y una risa procaces.

A Momo le enseñó doña Celeste, dueña de La Cacica y madre de su esposa. Entonces ya era brutal pero subalterno. “*Inferus* privador”. Eso dice Balmori al abarcar de un vistazo el sitio del que lleva tres años queriendo salir. Pero el dinero lo obliga y cada mes aplaza la partida. Su padre hizo lo mismo hasta que una enfermedad lo postró veinte años más tarde cuando Balmori debió reemplazarlo para que la familia pudiera comer. Necesita prepararse para ello. Recibe dos cuentas de la barra. Tres ebrios aferrados y una pareja excitada que toquetea a las bailarinas. Pone sobre las mesas el cambio disminuido. Lo que deja desaparece entre las bragas de las mujeres. Ninguno de los parroquianos se da cuenta. Fue doña Celeste quien le enseñó a Momo que extraviarse es una costumbre que suele tener la gente. Lo estremece la manaza sobre su brazo:

—Dame quinientos —exige.

Le quita más dinero del que él quitó.

Momo cuidaba intereses ajenos en La Cacica.

—Aquí todo es mío —le grita a una desnudista que maltrata entre puyas.

Balmori siente que la viscosa jungla se pudre otro poco. Todo lo sólido se desvanece y la mueca del licántropo luce más torva y ruin. Un hombre en el que no había reparado le hace una seña. Su mesa está debajo de una palmera de utilería y es bañada por las chispas rojizas que emite el hocico del

animal. Adentro de sus lóbregas fauces se contonean cuatro mujeres de piel aceitosa. Los reflectores bañan su lascivia fingida y tiñen de destellos al hombre que lo llama. Está solo, ninguna bailarina ronda ese lugar.

—¿Por qué pensó en el chiquero de Circe?

La pregunta lo sorprende. Quiere sentarse, pero eso está tajantemente prohibido por Momo.

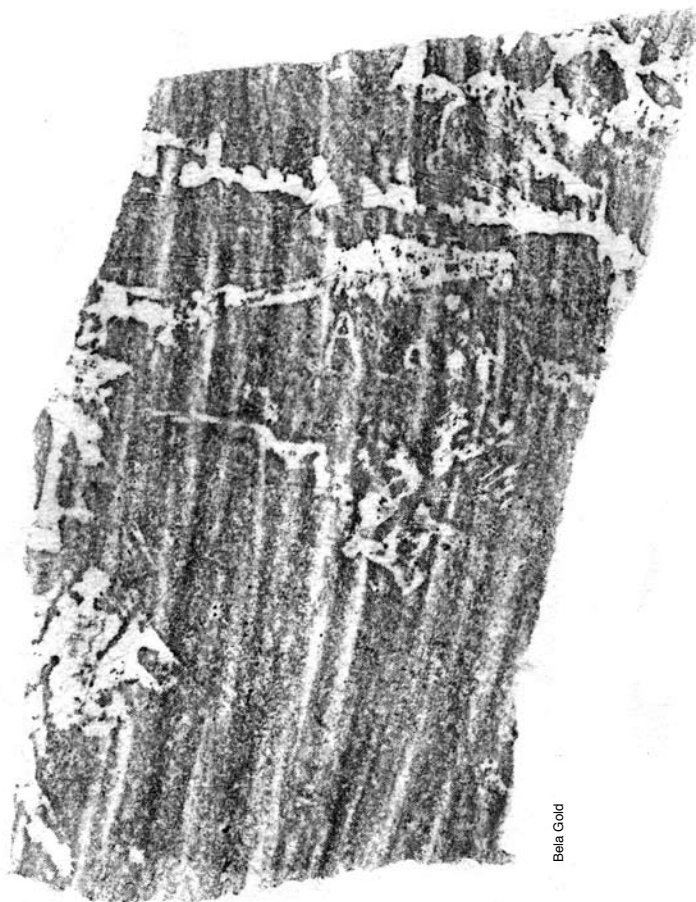
—Hágalo, no se preocupe. Él es el dueño, yo soy su superior. Así que desea irse de aquí, ¿verdad? Y no sabe cómo. Esto es un dédalo. ¿Adónde piensa ir usted que no encuentre los signos precursores del fin de un mundo? Estamos ante el término de un ciclo completo, en la conclusión de la existencia temporal de lo que puede llamarse una humanidad. O sea, al mero final de una ilusión, como escribe un autor que usted no conoce. Es rigurosamente cierto y tiene un alcance más considerable que cualquier otro fin parcial de mundo, en cualquier otro grado o nivel. Se dice que no significa la desaparición de la especie humana porque en el último momento apocalíptico sobrevendrá un “enderezamiento”, una corrección salvadora, y así comenzará un nuevo ciclo, un nuevo *Manvantara*. Quienes le hayan transmitido a Guénon ese conocimiento le transmitieron una verdad irrefutable. Balmori, ¿verdad? Hablamos entonces de una disolución extraordinaria que usted quiere perderse, ¿por qué?

Nadie se acerca a ellos mientras el hombre habla. Un hálito los protege hasta de Momo. Las luces suben de intensidad. El mesero desea marcharse, no puede hacerlo. La nerviosa sequedad del otro, sus ojos magnéticos, el bastón de puño de plata:

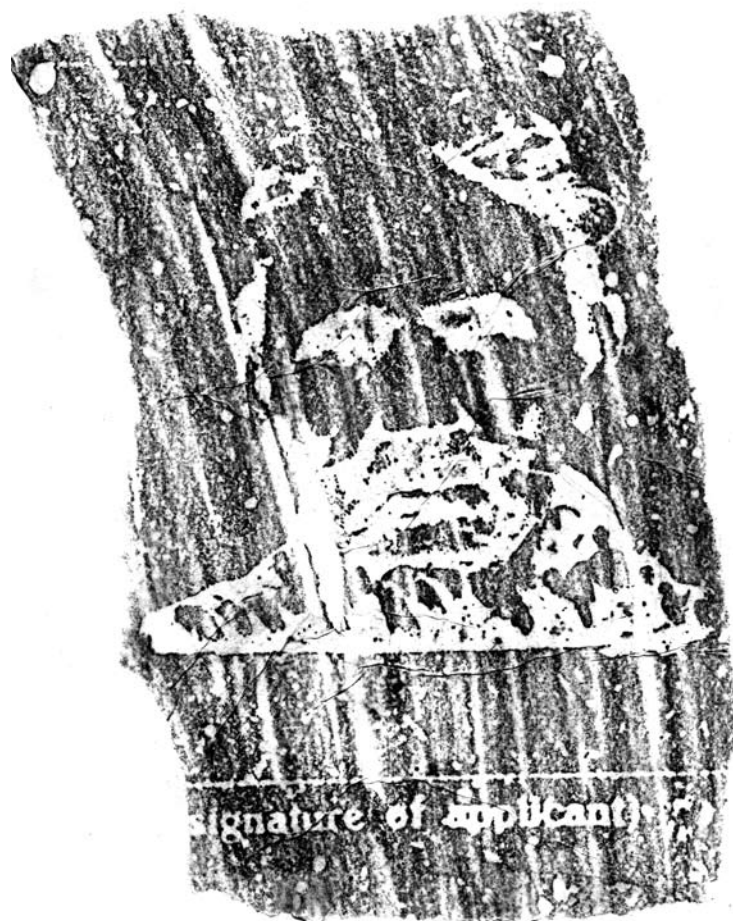
—Yo soy Mefisto pero usted no es Fausto. ¿Qué me puede dar a cambio de liberarlo de este lugar? El desorden sólo es cuando se le ve en sí mismo y separado del orden total en el que termina por integrarse.

Momo pasa a su lado sin voltear a verlo. La bacanal hierva aunque en ese pequeño radio no hay sobresaltos. Las sirenas lúbricas hacen sus danzas mecánicas, el silbo rasposo del dinero cruza de saetas el aire viciado, manos que tocan, reciben y lamen.

—¿Qué opina, Balmori, del reino del deseo? Todos los que ve aquí desean y por eso sufren, y porque no son serios



Bela Gold



no cesan de inventarse tragedias innecesarias. Usted pertenece a este sitio, no debe irse. Nunca podrá escapar de la historia. Y de la neurosis de su destino. Su padre trabajó en estos ambientes. Quizá su hijo también lo haga. Si para entonces las cosas aún existen. Es dudoso: mire.

Como si el otro jalara su cráneo voltea según la dirección que marca el bastón. El gran hocico de utilería expulsa llamas y las bailarinas corren hacia las comisuras. Un brillo volcánico se esparce entre carreras y gritos. Saltan al vacío.

—Dígame, Balmori, ¿por qué cree usted que Nerón incendió Roma y cantó con su lira coronada la frente de laureles? El mal es como la gravedad: todos los cuerpos caen. El dolor no es más que una oportunidad de elevación moral dada al hombre, una escala para ascender. Estos lamentos que nos rodean han sido cantos alguna vez. Sería letal para usted que me evaporara en este instante.

Detrás de las llamas está Momo, que las ve avanzar. Un golpe de fuego arrebató los alrededores de la burbuja. Su membrana es irisada por los círculos y remolinos del plástico que se quema. El babeante hocico se deshace en tiras ardientes y pegajosas sobre aquellos que se precipitan por escapar. Las puertas están cerradas. La gente corre despavorida en el salón asfixiado de humo e intenta salir. Las flamas hacen estallar los cristales como gotas de fragua en torbellino del infierno.

—Es el dilema fáustico, Balmori. La época es terminal. “*Inferus privador*”, dijo usted. El hombre resulta imprescindible para lograr que la tierra se eleve al cielo y el cielo baje a la tierra. Ésa es su esencia y ésa debe ser su existencia. Pero se han cerrado los vínculos con el cielo y se han abierto las esclusas de la conciencia inferior. Llámelo pérdida del centro, de la función mediadora. Deificar el yo humano significa su aniquilación como lo demuestra el terror del hombre contra el hombre. Durante la revolución francesa un arquitecto proyectó levantar un acceso a la morada de Plutón. Considérelo un signo más. Si el hombre ignora al cielo la tierra se aleja del hombre y surge en ella la imagen invertida, el *inferus* privador que somete al mediador. Entonces nada es cierto y todo está permitido. Como en esta delirante y caliente colmena. Usted vive en la historia, Balmori. No tiene a dónde ir. Sin embargo, aún no me ha dicho qué quiere de mí.

Las mujeres ruedan por el suelo y los clientes claman en su paso repentino de la felicidad a la infelicidad. Momo forcejea con una puerta que se resiste a ceder. Doña Celeste le enseñó que en este negocio nunca hay casualidades. El fuego es una lente de aumento donde Balmori observa cómo se atropellan unos a otros. El cantinero derriba a una mujer que va delante y otros lo derriban a él. Se extienden las llamas por la única puerta abierta que pocos pueden alcanzar. Las leguas de fuego crepitan, como si miles de lenguas sorbieran a la vez. Los lamentos suenan a carcajadas.

—Mire, mire usted —dice el hombre, y dirige su bastón hacia la catástrofe que ocurre alrededor—: la muerte de la época sólo es el final de una ilusión.

La burbuja y el hombre en ella desaparecen. Lo mismo el incendio y la destrucción. Balmori se ve delante de una mesa anotando en la comanda lo que piden varios ebrios y tres surripantas. Una de ellas esculca el bolsillo del hombre que tiene al lado, quien besa los pechos de otra. Le da el dinero a Balmori. Camina hacia la barra y desliza algunos billetes en la mano del cantinero. Momo lo deja hacer, vigila desde lejos. El canto sordo del dinero fluye aprisa. No son monedas acuñadas, piensa Balmori, que no entiende lo que acaba de pasar. Los sedantes van para los de la mesa siete. Dice que sí. ¿Cuál es la alucinación: ésta o aquella?

Momo pasa rozándolo:

—Te estoy viendo, cabrón.

Balmori se acerca a verificar la expoliación de una mujer sobre un parroquiano. “Cuando me vaya de aquí, de la porqueriza de Circe. Este infierno”. Las fauces hieden lujuria inducida. Cuatro cuerpos desnudos ondulan en el hocico. Un hombre que está solo en una mesa bajo una palmera de escayola le hace una seña. Balmori no había reparado en él. Atiende a su llamado. Siente que todo lo sólido se va a desvanecer. •

FERNANDO SOLANA OLIVARES es narrador, ensayista y editor. Uno de sus más recientes publicaciones es el libro de viaje *París* (Debate, 2003).